

---

# La traición de los intelectuales y los intelectuales traicionados: el caso de Julián Marías

---

## The Betrayal of the Intellectuals and the Betrayed Intellectuals: the Case of Julián Marías

---

ROBERTO RODRÍGUEZ MILÁN  
*Hellenic Open University (Greece)*

---

### Palabras claves

Julián Marías;  
Javier Marías;  
J. L. Aranguren;  
franquismo;  
delación;  
colaboracionismo.

Se aborda aquí el asunto de la fe y la traición desde el punto de vista de la actitud de la intelectualidad española contemporánea en la posguerra civil, etapa histórica que destaca por su grado y magnitud de violencia unilateral. Para lo que, por motivos de extensión, no puede suponer más que un apunte sobre la cuestión, se contempla el caso concreto de una personalidad del pensamiento y la cultura españoles del siglo XX, el filósofo Julián Marías Aguilera (1914-2005), cuya vasta labor escrita, principalmente ensayística, se dilata en el tiempo casi hasta el final de sus días y ha gozado de notable proyección en el ámbito general de la lengua española. Marías pertenece a la intelectualidad que opta por permanecer en el país y desarrollar en él su actividad, pese a la guerra civil y al hostigamiento de que será objeto por parte de la dictadura que la sigue. Tras una aproximación a su figura y circunstancia a través de su propia obra, se cede la palabra a su hijo Javier Marías (1951-), el cual amplía la reflexión sobre la fe y la traición de los intelectuales y el caso concreto de su padre a través de su propia labor como escritor.

---

### Keywords

Julián Marías;  
Javier Marías;  
J. L. Aranguren;  
Francoism;  
betrayal;  
collaborationism.

The present paper deals with the issue of faith and betrayal from the contemporary Spanish intellectuals' perspective during post Civil War times, a historical period which stands out because of its high degree and scale of unilateral violence. Due to limits of extension, our approach is just a mere outline of the subject, focused on the specific case of one personality of the 20<sup>th</sup> century Spanish thought and culture: Julián Marías Aguilera (1914-2005), a philosopher whose vast written work, mainly essays, covers a long period of time, almost to the end of his days, and has enjoyed a remarkable dissemination within the boundaries of the Spanish speaking countries. Marías is one of those intellectuals who decided to remain in their homeland and carry on there with their activities, despite the Civil War and their being harassed by the dictatorship that followed. After a brief approach to his life and circumstances through his own written work, the floor will be given to his son, the writer Javier Marías (1951-). Through some of his own writings, Javier Marías broadens the considerations on the faith and betrayal of the intellectuals, with particular regard to his father's case.

Cuando se piensa en fe y traición en perspectiva histórica, la era contemporánea se revela sumamente generosa. Con celeridad viene a la cabeza, por ejemplo, el caso siempre abierto, y tal vez el más tristemente célebre, de Ana Frank. Si, como es el caso, la reflexión sobre la fe y la traición se centra en los intelectuales, de nuevo la era contemporánea ofrece un amplio abanico de posibilidades: la época del ascenso del fascismo y el nacionalsocialismo en Europa, las purgas del ámbito soviético, la caza de brujas de MacCarthy en los Estados Unidos, la Revolución Cultural china... En nuestros días se abre ocasionalmente la caja de los truenos en torno a nombres concretos y consolidados en relación con sus actividades pretéritas, como sería el caso de Günter Grass o el de Milan Kundera. Por descontado, la sombra de Caín también se alarga sobre España, que dispone de sus propias víctimas de primera fila, como Federico García Lorca, el traicionado por antonomasia, aunque tratar del nombre de quienes han traicionado parece ser ya otro cantar, y en el solar ibérico quedan todavía por localizar y abrir numerosas fosas —tanto las de cuneta, que albergan a las víctimas de la violencia fratricida, como las fosas sépticas que aún mantienen al abrigo de la luz a quienes ven de perpetuar el olvido, el silencio o aun la justificación de un pasado poco encomiable. Optamos aquí, no obstante, por centrarnos en el caso concreto del filósofo y escritor Julián Marías Aguilera (1914-2005), un intelectual traicionado justo al terminar la guerra civil española y que aun así no dio muestras de perder la fe.

### 1. Un filósofo en el punto de mira

Julián Marías nació en Valladolid en vísperas del estallido de la Primera Guerra Mundial y de una etapa crítica de la historia europea y española.<sup>1</sup> Durante la Segunda República, entre 1931 y 1936, estudia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, en plena efervescencia intelectual merced a la labor de personalidades de la llamada “tradicción cultural liberal” tales como Miguel Asín Palacios, Américo Castro, Manuel García Morente, Enrique Lafuente Ferrari, Ramón Menéndez Pidal o Claudio Sánchez Albornoz. Una serie de lecturas, sobre todo de Miguel de Unamuno y de José Ortega y Gasset, así como el magisterio de este último y del pensador católico Xavier Zubiri, determinan tempranamente su vocación e intereses: la filosofía, la aproximación renovadora al pasado cultural español, la incorporación del conocimiento europeo en áreas tradicionalmente no cultivadas en España, la adhesión a valores como el rigor intelectual, la veracidad, la convivencia, el respeto y la libertad. Junto al poderoso influjo de este ambiente académico, con su amigo y mentor Ortega en primer plano, Marías afirma recibir otra influencia decisiva, la de los intelectuales, literatos y artistas de las “generaciones” del 98 y del 27 y del Centro de Estudios Históricos. Simultáneamente colabora en destacadas revistas de la época, como *Cruz y Raya* o la *Revista de Occidente*, y publica unos diarios de viaje en 1934, *Juventud en el mundo antiguo: crucero universitario por el Mediterráneo* (Marías, 1988: 110-24).

Pero en el verano de 1936 las pesadillas de toda aquella tradición cultural a que se adscribe Marías parecen confirmarse cuando el multiseccular “problema de España” adquiere plena realidad en forma de guerra civil. El recién licenciado Marías se incorpora en Madrid al ejército de la República, a cuyo servicio escribe habitualmente en órganos de prensa como *ABC*, *Blanco y*

---

<sup>1</sup> La biografía más completa de Julián Marías se halla en los tres volúmenes de su autobiografía *Una vida presente: Memorias* (1988-1989). Amplían la información Marías, 2001: 17-33, y 1981: 301-15; Bleznick, 1964: 126-8; Calomarde, 2006: 86-96; Raley, 1997: 33-8; Soler, 1973: 15-17, 26-61; VV.AA., 1984: 15-20.

*Negro y Hora de España*, y hasta el final de la contienda colabora con otra figura capital en su vida, el profesor y político socialista Julián Besteiro. La actividad en el bando vencido, los orígenes intelectuales y la declarada adhesión a ellos y, como remate, la denuncia falsa de un antiguo amigo conducen a Marías a las cárceles franquistas al término de la contienda. Como él mismo referirá en el primer tomo de sus memorias *Una vida presente*:

tenía además motivos concretos para esperar un porvenir desagradable y peligroso. Desde hacía algunos meses me habían llegado noticias indirectas, procedentes de la zona “nacional”, de que un amigo y compañero de Instituto y Universidad, de cuyo nombre no quiero acordarme,<sup>2</sup> estaba dedicado a una campaña de denuncia contra mí. Era tan incomprensible como peligroso. Por diversos caminos me fui dando cuenta del alcance de la empresa. Había movilizado a un profesor de reconocido fanatismo para que firmase una denuncia que tendría más valor que la suya; buscó “testigos de cargo” para sustentarla. [...] Todo esto aseguraba que sería objeto de persecución, con imprevisibles consecuencias. A pesar de ello, no pensé ni por un momento en emigrar. [...] Yo hacía vida normal, pero con una doble convicción: a corto plazo, que cualquier día se desencadenaría sobre mí una persecución directa; a la larga, que mi trayectoria normal, la que hubiera querido seguir, quedaría cerrada. (1988: 263-65)

Los temores de Marías estaban justificados, pues el 15 de mayo de 1939 “a primera hora de la tarde, dos policías llamaron a mi casa, preguntaron por mí, me explicaron que había una denuncia, y me llevaron consigo [...] Tras una breve filiación, me depositaron en un enorme sótano, con pequeñas ventanas por las que entraba muy escasa luz. Había bajado el telón. El intermedio de libertad había terminado” (266). De ahí será conducido a la cárcel propiamente dicha, en Santa Engracia 134, y finalmente llega el momento de tomarle declaración, en las particulares coordenadas jurídicas del momento: “El método de los consejos de guerra era bastante original [...] Pero la originalidad suprema era que era el acusado quien tenía que probar su inocencia” (274). Es en ese momento que se desvela el alcance de la traición de que ha sido objeto; la sentencia contra él

estaba redactada con la peor de las intenciones posibles; por una parte, era tan falsa como improbable: ya había sido “colaborador de Pravda”, nada menos; “acompañante voluntario del bandido Deán de Canterbury” (literalmente) [...] Se añadía que yo debía de conocer toda la trama de la “propaganda roja”, hábil insinuación que revelaba la esperanza de que me extrajeran tan preciada información por los procedimientos usuales. (275)

De nuevo Marías evita hacer referencia directa a esos procedimientos a que lo abocan las insidiosas acusaciones, si bien no resulta difícil hacerse una imagen nítida de lo que significan en aquella circunstancia histórica. Al poco de aquella toma de contacto con las acusaciones “concretas” que pesan sobre él, Marías va a poder hacerse una idea aún más concreta de lo que

---

<sup>2</sup> Pese al tono quijotesco de la afirmación, Marías sí recordaba el nombre de su delator, aunque hasta el final de sus días se negará a hacerlo público (López-Vega, 2004: s.p.). En sus memorias “olvida” igualmente el nombre de un oficial de prisiones de comportamiento particularmente desagradable; por el contrario, cita por su nombre completo tanto a sus compañeros de prisión como también al policía que lo interroga en aquella sazón sin dejar de tratarlo con humanidad (1988: 270-271, 276).

le espera, cuando su esposa, la escritora Dolores Franco, se encuentra con un antiguo compañero de la universidad que resulta ser uno de los “testigos de cargo”; se trataba de alguien

mayor que nosotros, a quien íbamos a ver a su casa durante la guerra y prestarle libros. Le dijo a Lolita: “Si Marías no vuelve a acordarse de que tiene una carrera, podrá vivir; en otro caso, lo hundiremos; porque gentes como Ortega, en España sobramos.” (En primera persona de plural.) [...] El promotor de todo aquello encontró otro día a un compañero de estudios y le dijo: “He metido en la cárcel a Marías y le van a salir treinta años”. (276)

Julián Marías fue afortunado: finalmente ni lo torturaron ni lo fusilaron, y salió de la cárcel el 7 de agosto de 1939 gracias a una serie de testimonios favorables por parte de individuos bien considerados o aun vinculados con el nuevo régimen español. Tras su puesta en libertad, es uno más de los tantos represaliados por el Estado emergente y ello le impone una meditación sobre las opciones a su alcance: se sabe repudiado del mundo institucional oficial —en lo académico, cultural y mediático— pero no lo está de la sociedad española, con la que se considera irrenunciablemente comprometido. Por ende, y pese a los peligros a que se expone, pero también pese a las oportunidades que se le brindarán para ello, no abandona el país ni tampoco se recluye en un exilio interior. Decide profesionalizarse como escritor en España, aunque también publicará en medios hispanoamericanos y estadounidenses, y será conferenciante y profesor esporádico en instituciones extranjeras dentro y fuera de su país (278-94).

El contenido y carácter de sus escritos va a poner de relieve que no busca reconciliarse con la dictadura franquista; antes al contrario, destacan su propósito de mantener la independencia intelectual y el compromiso con lo que entiende que es la verdad, dentro de los inevitables límites de una censura omnipresente y omnipotente. Marías opta así por una actitud de intelectual disidente y va a pagar conscientemente el precio: en 1942 los sectores integristas de la Universidad suspenden arbitrariamente el proyecto de tesis doctoral que le dirige el intelectual católico Xavier Zubiri bajo el título *La filosofía del Padre Gratry*, y no la aceptarán hasta pasada una década, en 1951, ya bajo nuevo título de *La metafísica del conocimiento en Gratry* (319-23). En resumidas cuentas, “no he tenido una vida universitaria normal [...] no tengo discípulos universitarios en mi país y en continuidad. Esto ha sido para mí una grave pérdida, una esencial mutilación en mi biografía. Pero no había opción” (1981: 83). Pese a todo, y determinado a permanecer en su país y a realizar en él su labor, Marías proclama desde su primer libro publicado (*Historia de la filosofía*, 1941), su fidelidad explícita a una cultura cuya continuidad pretende salvar: la obra, principios intelectuales y aportaciones filosóficas de Ortega y Unamuno, la filosofía española en general, y el pensamiento de la tradición liberal del primer tercio del siglo XX (1989: 390-91).

Esta función social del intelectual conlleva, así, una serie de obligaciones: hablar hasta donde sea posible hacerlo, ateniéndose a la verdad y argumentándola; evitar el provincianismo y el conformismo; rectificar los errores —deliberados o no—; apasionarse sin obcecarse; tomar posición política sin perder de vista el horizonte ético; tener simpatías y antipatías, pero sin perderle el respeto a la realidad ni confundir ésta con los sentimientos propios; y rechazar y denunciar la suplantación y la falsificación (319-20, 337-42). Dos son los objetivos de su propia obra, estrechamente relacionados entre sí: en primer lugar, reflatar aquel legado intelectual de preguerra, contribuir al restablecimiento de su continuidad en la nueva etapa histórica de España y defender la cultura liberal, pasada y presente, frente a sus detractores y negadores; en segundo lugar, reflexionar sobre la realidad española en función de los parámetros aportados por aquella

tradición cultural, pasándolos por el tamiz de su propio sistema teórico y metodológico (Marías, 1976: 269-70, 287; Marías, 1978: 167-71; Raley, 1977: 48).

El veto a la aparición de los escritos de Marías en medios de comunicación va diluyéndose al compás de las escuálidas aperturas del régimen, dejándole resquicios para publicar regularmente en España; a la sazón, sus contactos en el extranjero le brindan tribunas en que publicar lo que sería censurado o rechazado en el interior. Entre los medios más visitados por su ensayismo se contarán los diarios españoles *ABC*, *La Vanguardia* o *El País* y el bonaerense *La Nación*. En toda esa obra escrita se aprecia una continuidad de las ideas y argumentos de un pensador que puede jactarse de su fidelidad a sí mismo y de no haberse retractado nunca de lo escrito en tiempos difíciles (Marías, 1976: 269-70, 287, y 1978: 167-71; Raley, 1977: 48). No obstante, su claridad estilística y sus reivindicaciones de libertad y autonomía de pensamiento acusan las presiones inevitables del ambiente dictatorial, y su obra se resiente de todo ello: “tono polémico, reticencias, exageraciones, frases de doble sentido, etc. Reconocemos que es preciso a veces ‘saber leer entre líneas’” (Soler, 1973: 238-39). El propio Marías, que prosigue su reflexión siempre en las mismas coordenadas éticas, temáticas y estilísticas hasta el final de sus días, confirma los límites de su obra en la dictadura —la tendencia a aludir sin nombrar, eludiendo a menudo la referencia directa y amparándose en sobreentendidos o generalizaciones— (1989: 283).

## **2. El punto de mira de un escritor**

Uno de los hijos de Julián Marías se llama Javier y es un escritor de fama internacional cuya obra literaria se ha traducido a numerosas lenguas. En dicha obra escrita cabe quizá destacar su monumental *Tu rostro mañana*, cuyos tres volúmenes aparecen entre 2002 y 2007 (*Fiebre y lanza*, 2002; *Baile y sueño*, 2004; *Veneno y sombra y adiós*, 2007). Entre otras cuestiones, la novela aborda cuestiones como la delación y la traición, y en relación con ellas emerge de forma clara la vivencia de Marías el filósofo. Javier Marías afirma que no escribe dicha obra para reivindicar la figura de su padre, sino que la historia de éste sirve a su propósito en la novela (Pittarello, 2005: s.p.); “no es un ajuste de cuentas. Yo le di a leer esa parte a mi padre y aparentemente le gustó mucho. Pero me dijo que él nunca había dado los nombres de quienes le denunciaron. Y yo tampoco lo hago en realidad, yo hablo de lo que le ocurre a Juan Deza en una ficción con el nombre aproximado de un delator” (Díez, 2014: s.p.). Y es que, según Javier Marías, su padre

nunca quiso tomar venganza ni dar a conocer los nombres siquiera después de la muerte de Franco. Yo hice una trampa... en *Tu rostro mañana*, tomo la historia de mi padre en el personaje de Juan Deza, y dentro de esa ficción los nombres de los delatores se corresponden casi con los nombres reales. Recuerdo que antes de publicar el primer volumen le leí esa parte a mi padre, y entonces él me dijo: “Está bien, me gusta. Pero yo nunca he dicho los nombres”. Y le dije: “Bueno, pero ahora el que está contando la historia soy yo”. Mi padre no quiso saber nada, ni contaminarse combatiendo a esa gente. Lo cual lo entiendo hasta cierto punto. (Rico, 2017: s.p.).

No era la primera vez que Javier Marías fijaba la mirada en el episodio vivido por su padre y reflejaba algunos de sus aspectos en forma literaria: en 1983 había visto la luz *El siglo*, un relato protagonizado por un individuo que era a un tiempo juez y delator en tiempos de excepción, y al

que en cierto momento otro personaje le exponía las circunstancias de su época con cruda lucidez y en términos que remiten a la vida del Marías filósofo:

Es muy sencillo. Tenemos la sartén tan bien cogida por el mango que en la actualidad no hay que demostrar que un acusado sea culpable, sino que es éste, por el contrario, quien debe probar su inocencia. ¿Comprende? Estamos obligados a partir del axioma, antipático pero necesario, de que todo el mundo puede ser culpable. (...) ¿Quién lo denunciaría? Un amigo, un enemigo, un subordinado, un pariente, un vecino, alguien caprichoso, vengativo. Lo mismo da. O más simple: alguien que a su vez tenga miedo de ser denunciado y que decida adelantarse para no dejar lugar a dudas sobre su fidelidad. Esa denuncia, en cualquier caso, sería atendida y probablemente cursada, sólo por si acaso (...) una vez sembrada la sospecha ya es difícil pararla. (*apud* Salswach, 2016: s.p.).

Javier Marías no iba a limitarse al ámbito de la novela para abordar la cuestión de la traición, y en concreto la sufrida por su padre. El 16 de junio de 1994 las páginas del diario español *El País* acogían un artículo suyo titulado “El padre”, en el que relataba el episodio de la denuncia contra Julián Marías por parte de un buen amigo y de un profesor de arqueología que llevarían a aquél a las cárceles de Franco mientras estos dos ascendían en el escalafón universitario; también comentaba la escandalosa suspensión de su tesis doctoral y el retraso de una década en la obtención de dicha titulación, y abría una vía de reflexión: “Cuando amainó la ira y se pudo pensar que el padre se incorporara por fin a la Universidad él no estaba dispuesto a solicitar el certificado de adhesión al régimen que por fuerza obtuvieron cuantos sí se incorporaron a ella; todos, también los legendarios héroes que fueron expulsados más tarde” (1994: s.p.). El hijo removía la historia del padre, un Julián Marías que a esas alturas de 1994 se veía cada vez más relegado al olvido institucional y mediático, al tiempo que ponía dicha trayectoria en contraste con la andadura de algunos ídolos del progresismo político-cultural español de la Transición en adelante, aunque sin citar nombres —un poco en la senda de su padre—. En realidad, la identidad de aquellas personalidades de pasado no tan encomiable tampoco constituía un secreto, ni las referencias de Javier Marías resultaban tan opacas que no permitieran establecer identidades; es más, el escritor proporcionaba algunas pistas:

mientras al padre le pasaba cuanto vengo contando, otro filósofo tildaba en un libro de “jolgorio plebeyo” a la República y ocupaba el saneado puesto de delegado de Tabacalera en una provincia; el novelista eximio se ofrecía como delator y luego recibía alguna condecoración franquista; el poeta, el humanista, el filólogo, el otro novelista: todos de Falange, colaboradores del diario *Arriba*, o rectores de Universidad, o intérpretes de Franco y Hitler; fue ministro quien luego pudo defender al pueblo, tuvo cargos institucionales el historiador que lanzó soflamas en plena guerra contra “los tibios” (1994: s.p.).

Para Javier Marías la cuestión no quedaba zanjada, tampoco había voluntad de permitir que todo cayera en el olvido sin más. A su entender, a los representantes de aquella intelectualidad colaboradora de la dictadura franquista

Nadie les ha pasado cuentas, y está bastante bien que así sea. La etapa democrática los ha jaleado y los considera maestros. Lo serán, sin duda, de sus disciplinas. Mientras tanto, el padre republicano y vetado ha sido más bien ignorado por esta etapa democrática, por los herederos

de Julián Besteiro. No ha tenido reconocimientos oficiales, igual que en tiempos de Franco. [...] Nada de esto es grave, no creo que al padre le importe mucho. Pero el hijo ha tenido que escuchar muchas sandeces en boca de imbéciles y de malvados. (1994: s.p.)

Resulta interesante que en aquel momento, y hasta donde hemos podido averiguar, nadie se diera por aludido, y que nada permitiera adivinar que “El padre” pudiera constituir el preludio de lo que vendría un lustro más tarde. Y es que con “El artículo más iluso”, publicado *El País* el 26 de junio de 1999, Javier Marías abría una agria y prolongada polémica que nunca llegaría a cerrarse.<sup>3</sup> En dicho artículo el escritor la emprendía con la impunidad que, a su juicio, impera(ba) en la vida pública española, institucional y social, y que no suponía algo meramente coyuntural. En cierto momento, Javier Marías hacía referencia al caso de tres personalidades del pensamiento y las letras que gozaban de respeto y reverencia generalizados tras la transición a la democracia en España: un “venerable filósofo”, un “prestigioso columnista” y un “muy premiado novelista”; sobre dichos tres casos, a los que citaba pero una vez más no nombraba, el pasado franquista proyectaba la sombra del censor, del delator, del colaborador con el régimen dictatorial en sus momentos de mayor ferocidad represiva. Acto seguido, Javier Marías reconocía que nadie puede saber cómo obraría en tiempos de excepción, y que incluso era posible que cualquiera incurriera en las mismas faltas que él denunciaba, pero:

Lo malo para estas personas, lo malo para el filósofo, y el columnista, y el novelista, es [...] que hay y hubo otros que no hicieron lo que hicieron ellos, en las mismas circunstancias. Y eso es lo inadmisibile: lo ofensivo es que, para justificarse ellos, intenten pasar por buena la idea de que “otra cosa no se podía hacer”; o de que “se pringó todo el mundo”; de que quien más quien menos se veía “obligado” a actuar en contra de sus convicciones y su voluntad. Luego ellos, al fin y al cabo, son como los demás. [...] Pero también los hubo de otra pasta, y a éstos no se los puede ofender. Hubo quien no tuvo un cargo ni un puesto ni trabajo alguno precisamente para que no pudieran “obligarlo” a nada bajo la amenaza de quitárselos; hubo quien no entró en la Universidad porque ni siquiera se le permitió o porque no quiso jurar fidelidad a los principios del Movimiento, como era preceptivo; hubo quien jamás pudo volver a ejercer su profesión [...] hubo quien no tuvo para comer, ni tan siquiera un mínimo sueldo, y no estuvo dispuesto a censurar y así conseguirlo; [...] hubo también quien no se puso de rodillas —quizá ni pudo elegir—, ni se plegó a ciertas condiciones y personas [...] quien no se prestó a escribir ninguna loa a Franco [...] porque le estaba prohibido publicar nada en la prensa; hubo quien se quedó en la cárcel y quien se exilió para no regresar; hubo quien vivió aquí en el llamado “exilio interior”, sin levantarse nunca; hubo quien vio cómo mataban a sus familiares. Y hubo quien fue fusilado o asesinado sin más [...] Eso es lo malo. Que no sólo los hay peores con los que compararse, como parecen pretender los autoindulgentes de hoy. Por mucho que intenten y les convenga olvidarse, también los hubo mejores. (*PFE*, Javier Marías, 26/06/1999)

---

<sup>3</sup> De ahora en adelante, y salvo que se indique lo contrario, para el tratamiento de dicha polémica se remite a la serie de escritos recogidos bajo el epígrafe “A partir de un artículo de Javier Marías. Aranguren como delator franquista. Polémica durante el verano de 1999” en el sitio electrónico de *Proyecto Filosofía en Español*, en lo sucesivo *PFE*.

Junto a quienes tratan de relegar en el olvido un pasado cuestionable se halla el olvido de aquellos que fueron sus víctimas, o que no compartieron su estrategia de colaborar para sobrevivir y/o medrar. No resultaba difícil distinguir la figura paterna entre aquellos otros que “fueron mejores”; aparentemente, tampoco resultaba difícil distinguir, en esta ocasión, a aquellos a quienes apuntaba el dedo acusador del hijo: a los pocos días, el 3 de julio, se publicaba en las páginas del mismo diario *El País* una carta de los hijos del filósofo José Luis López Aranguren (1909-1996) en respuesta al escrito precedente: “Ninguna de las personas a quienes alude [Javier] Marías es identificada con nombre y apellidos (pura y simple cobardía, a nuestro juicio), pero por los datos que ofrece no hay duda de que el último [“un venerable filósofo, ya fallecido”] se refiere a nuestro padre” (PFE, Familia Aranguren, 03/07/1999). Acto seguido, la familia Aranguren arremetía contra Javier Marías, a quien, entre otras cosas, acusaban de difamar la memoria del difunto. Junto a la réplica de los familiares aparecía la del filósofo Javier Muguerza, discípulo del difunto Aranguren, en tono menos beligerante si bien de idéntico fondo: Marías obraba “extraviado por la mala información más bien que por la mala intención” (PFE, Muguerza, 03/07/1999).

Una semana después las páginas de *El País* acogían la contrarréplica de Javier Marías, “Con desagrado respondo” (10 de julio de 1999). Tras reconocer algún descuido de fechas y destacar su intención de preservar el nombre de los aludidos en su artículo inicial, el escritor se ratificaba en sus afirmaciones y aportaba esta vez datos concretos sobre la colaboración del filósofo Aranguren con el régimen franquista y sobre su condición de informante del mismo, actividades éstas que, a juicio de Javier Marías, el posterior viraje de Aranguren hacia posiciones y actividades democráticas y aun izquierdistas no permitía soslayar aquel pasado, ni tampoco permitía afirmar que, por una razón u otra, todo el mundo había sido cómplice del franquismo:

Era justamente esa actitud niveladora, esa falacia igualadora, lo que yo reprochaba en “El artículo más iluso”: no las actuaciones más o menos reprobables de unos y otros durante la guerra y la postguerra, sino la actual autoindulgencia de los que en mayor o menor grado estuvieron “con los que vencen”, la cual lleva aparejada la máxima ofensa a quienes no estuvieron con esos en modo alguno, ni voluntariamente ni “obligados” por las circunstancias. (PFE, Javier Marías, 10/07/1999)

A finales de aquel mismo mes aparecía en las páginas de la revista *El Siglo de Europa* (número 375 del 19-25 de julio) un artículo firmado por el escritor Mauro Armiño, que, como bien pone de manifiesto el título, “En el nombre del padre. Javier Marías, Aranguren y el franquismo”, se sumaba a la polémica, empezando por desvelar los nombres de los tres intelectuales al servicio del franquismo reconvertidos en puntos de referencia del progresismo democrático que Javier Marías retratara en “El artículo más iluso”: al “venerable filósofo” Aranguren se sumaban, pues, los nombres del “prestigioso columnista” Eduardo Haro Tecglen (1924-2005) y del “muy premiado novelista” Camilo José Cela (1916-2002). En primer lugar, Armiño criticaba el revisionismo de Javier Marías, que en última instancia lo alinearía con los sectores de la derecha política que desde mediados de los años 1960 desenterraba el pasado franquista de intelectuales y literatos reconvertidos en demócratas y aun izquierdistas. Acto seguido, Armiño señalaba la que consideraba como clave interpretativa de dicho revisionismo, la trayectoria del padre, del filósofo Julián Marías, sobre quien hacía el siguiente comentario: “aplicando la lupa de Javier Marías a la biografía de Julián Marías parece que el filósofo seguidor de Ortega y Gasset puede



## AIC

salir con mancillas bastante mayores que las denunciadas en otros por el hijo. Mas ¿a quién le importa Julián Marías?” (PFE, Armiño, 19-25/07/1999).

Aparentemente Armiño se hacía eco de la actitud de sospecha que pesaba sobre el pasado de Julián Marías; y todo parecía indicar que esta intervención ampliaba la polémica al abrir un nuevo frente en relación con la “traición de los intelectuales” españoles durante la dictadura del general Franco, en esta ocasión en relación con el pasado de Julián Marías.

En efecto, una de las acusaciones contra él más resistentes al paso del tiempo era la que apuntaba a su relación con los Estados Unidos. A partir de los años 1950 Julián Marías iniciaba una colaboración constante como profesor visitante en diversos departamentos universitarios estadounidenses o como docente en sucursales españolas de entidades educativas del país americano, aceptando también ayudas económicas en forma de becas, pero nunca un puesto permanente que lo alejara de España, pese a las dificultades que atravesaba en su país. El fruto amargo de dicha relación lo constituía el hecho de que sus detractores iban a emplear hasta fechas muy avanzadas su americanismo como arma arrojadiza, insinuando o denunciando una relación que iría mucho más allá de lo estrictamente cultural (Marías, 1989: 254-5; Alonso, 2005). El filósofo recogería el guante: por un lado, iba a proceder a una reflexión crítica sobre los paradigmas ideológicos y culturales adoptados por sus adversarios y sobre sus consecuencias en la producción cultural (Marías, 1978: 261); por el otro, iba a rebatir la validez de la noción de “páramo cultural” como pauta interpretativa de la vida cultural bajo el franquismo (1989: 205-6). En los años 1960 la reivindicación constante de la figura de Ortega y la autoproclamación como continuador de su pensamiento por parte de Julián Marías llevaban a sus detractores a poner en tela de juicio la originalidad de su propia aportación filosófica y reducirlo a él a mero propagandista, y aun tacharlo de sectario.<sup>4</sup> En la segunda mitad de los años 1970 las nuevas circunstancias españolas de transición a la democracia iban a permitir que la polémica entre Julián Marías y la intelectualidad progresista alcanzara cotas de agresividad inusitadas. La dura réplica de Julián Marías a los ataques que le lanzara el renombrado intelectual Xavier Rubert de Ventós ponía de manifiesto los extremos a que llegaba la confrontación, daba el tono de los debates del momento, y ofrecía el resumen de una biografía personal e intelectual, así como una declaración de principios:

No me voy a “depurar” ante nadie, y menos ante el señor Rubert. No lo he hecho *nunca* [subrayado del autor], ante los que tenían mayor entidad y poder que él. Por no aceptar ningún totalitarismo he conocido por dentro las prisiones franquistas —ésas de que tanto hablan muchos de oídas—, y no he tenido acceso a ningún puesto público, ni siquiera universitario, que tan cómodamente han gozado muchos rebeldes de última hora. He defendido la autonomía de Cataluña, el derecho al uso libre del catalán, la fuerte personalidad histórica, social y cultural de los catalanes, cuando nadie lo hacía, cuando había una censura a la que nunca me doblegué, ya que publiqué fuera de España todo lo que era prohibido en ella, sin tener en cuenta los inconvenientes y peligros que ello me acarreaba. Durante unos veinte años, si no el único liberal, creo que he sido el único liberal en ejercicio, que lo era activa y

---

<sup>4</sup> Para una muestra de la crítica ejercida sobre Marías, ver Francisco Fernández Santos, 1965: 63-9. Para una versión de Marías sobre la cuestión, ver Marías, 1989: 102, Raley, 1977: 12-6, 36-7, y Raley, 1997: 47-51.

públicamente. Y voy a seguir siéndolo, guste o no. Se comprenderá que una imputación de “totalitarismo” sólo puede inspirarme un desprecio sin límites (1978: 249).<sup>5</sup>

Contra todo pronóstico, ningún participante en la crispada polémica de aquel verano de 1999 se hizo eco de las alusiones de Armiño. Y no sería porque amainaba la tormenta, antes al contrario: el 17 de julio de 1999 *El País* acogía la nueva réplica de la familia Aranguren y de Mugerza, y el 24 acogía de nuevo a Javier Marías, que a lo ya dicho agregaba que

Lo que resulta en verdad grave es que, a un año de que se cumplan veinticinco de la muerte de Franco, todavía no se pueda *hablar* [subrayado del autor] de lo que pasó durante y después de la guerra, sin que a uno le lluevan los anatemas. Son gente como la familia Aranguren o Mugerza quienes, con su negación irracional de hechos ingratos, su aplauso a las biografías ficticias o maquilladas que tanto han abundado aquí desde la transición, su empecinamiento en seguir metiendo bajo la alfombra cuanto pueda ser molesto para sus intereses o sus cuentos de hadas, perpetúan la falta de salud moral que aqueja a España y a su vida pública desde hace tiempo. (PFE, Marías, 1999)

Asimismo Javier Marías anunciaba el fin de su participación en la polémica. El 31 de julio la familia Aranguren y el filósofo Mugerza replicaban una vez más a Marías y daban a su vez por concluida la controversia. Concluida, pero no zanjada. El 11 de septiembre aparecía en las páginas del diario *La Vanguardia* un artículo del periodista y escritor Gregorio Morán, en que su autor suscribía el fondo, si bien no el tono, del escrito de Javier Marías que había prendido la mecha de la discusión. Tampoco dejaba de recordar que en su momento el filósofo Marías había llegado a sostener la necesidad de prohibir libros que criticaran a Ortega y su obra —denuncia que ya le hiciera Fernández Santos (1965: 63-9)—, así como la falta de impronta intelectual de la obra de dicho filósofo.<sup>6</sup> Una semana después, el 18 de septiembre, Morán retomaba el asunto:

Aquí está el drama de la memoria; nadie quiere asumir ese pasado [franquista]. Desde que en 1956 lo mejor, todo hay que decirlo, de la generación falangista inicia su despegue definitivo de la dictadura y asume la democracia como objetivo, el pasado anterior a ese 1956 se convirtió en una especie de agujero negro en el que cada vez era más difícil entrar y en el que toda iluminación constituía de algún modo hacerles el juego a quienes aún seguían, y siguieron, pegaditos al régimen hasta el día siguiente de la muerte del dictador. (PFE, Morán, 1999)

Al decir de Morán,

En octubre de 2006, un artículo titulado “Los 'Günter Grass' españoles” ponía de manifiesto que la actitud general en relación con la actividad de los intelectuales españoles durante la dictadura parecía no haber cambiado y que lo “políticamente correcto” parecía ser el

---

<sup>5</sup> Para más información, ver Marías, 1989: 107-9, 253-4.

<sup>6</sup> En el mismo sentido, y en parte como un eco del “¿a quién le importa Julián Marías?” de Armiño, el 26 de julio de 1999 el escritor Luis Arias Argüelles-Meres se sumaba a la polémica sobre Aranguren a través de las páginas de *La Nueva España* con el artículo “El dedo en la llaga”, para afirmar la necesidad de un estudio a fondo sobre la controvertida generación a que pertenecía Aranguren —y, añadimos, también Marías—, y no sólo desde el punto de vista de su actividad en relación con el régimen dictatorial, sino también en relación con sus aportaciones intelectuales concretas (PFE, Arias, 1999).

olvido. Igualmente relegada al olvido parecía la reflexión de Javier Marías que había iniciado la polémica de verano de 1999. Pese a la traición, pese a las represalias, las polémicas, el desinterés y el olvido —las circunstancias estrictamente personales son cosa muy distinta— Julián Marías nunca pareció perder la fe en sí mismo, en su capacidad, en sus posibilidades y en la sociedad de su país. Por otra parte, determinar nuestro rostro mañana, no ya sólo como individuos, sino como miembros de la sociedad, no puede resultar tarea fácil, pero sin duda se revelará imposible si nos mostramos incapaces de establecer cuál fue nuestro rostro ayer y con qué rostro nos enfrentamos al presente. Para ayudarnos a conservar la fe, tal vez los intelectuales deberían ser los primeros en dar un paso al frente, pues, como señala Morán, dignos fueron los que se apartaron, como Aranguren, “pero más lo sintieron las víctimas. No hubo nazis buenos” (PFE, 1999).

### BIBLIOGRAFÍA:

A partir de un artículo de Javier Marías. Aranguren como delator franquista. Polémica durante el verano de 1999. Recopilación de artículos. *Proyecto Filosofía en Español* (en el texto PFE). Disponible en: <http://www.filosofia.org/bol/not/bn006.htm> [Última consulta: 12/12/2017]. ALONSO DE LOS RÍOS, César (2005). Todo un sospechoso hasta el fin. *ABC*, actualizado 16/12/2005. Disponible en: [http://www.abc.es/hemeroteca/historico-16-12-2005/abc/Cultura/todo-un-sospechoso-hasta-el-fin\\_1013027012492.html](http://www.abc.es/hemeroteca/historico-16-12-2005/abc/Cultura/todo-un-sospechoso-hasta-el-fin_1013027012492.html) [Última consulta: 12/12/2017].

BLEZNICK, Donald W. (1964). *El ensayo español: del siglo XVI al XX*. México: De Andrea.

CALOMARDE, Joaquín (2006). Julián Marías, la presencia de una vida. *Debats*, 92, 86-96.

DÍEZ, Gontzal (2014). Javier Marías: “Todos sabemos el nombre de aquellos que nos delatarían si hubiera una guerra”. *La Verdad Digital*, actualizado 22/10/2014. Disponible en: <http://www.laverdad.es/murcia/20081028/cultura/javier-marias-todos-sabemos-20081028.html> [Última consulta: 12/12/2017].

EGIDO, Jesús (2006). Los ‘Günter Grass’ españoles. *Tiempo*, actualizado 30/10/2006. <http://www.tiempodehoy.com/cultura/los-guenter-grass-espanoles> [Última consulta: 12/12/2017].

FERNÁNDEZ SANTOS, Francisco (1965). Julián Marías y el «liberalismo» o cómo se hace un diccionario de literatura. *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, 1 (París), 63-69. Disponible en: <http://www.filosofia.org/hem/dep/cri/ri01063.htm> [Última consulta: 12/12/2017].

LOPE VEGA, Martín (2004). Julián Marías. “Jamás han existido dos Españas”. *El Cultural* 17-06-2004. Disponible en: <http://www.elcultural.com/revista/letras/Julian-Marias/9779> [Última consulta: 12/12/2017].

MARÍAS, Javier (1994). El padre. *El País*, actualizado 16/06/1994. Disponible en: [https://elpais.com/diario/1994/06/16/cultura/771717619\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1994/06/16/cultura/771717619_850215.html) [Última consulta: 12/12/2017].

MARÍAS, Julián (1976). *La España real*. Madrid: Espasa Calpe.

MARÍAS, Julián (1978). *España en nuestras manos (3ª parte de La España real)*. Madrid: Espasa Calpe.

MARÍAS, Julián (1981). *Cinco años de España (conclusión de La España real)*. Madrid: Espasa Calpe.

## ROBERTO RODRÍGUEZ MILÁN

- MARÍAS, Julián (1988). *Una vida presente: Memorias 1 (1914-1951)*. Madrid: Alianza.
- MARÍAS, Julián (1989). *Una vida presente: Memorias 2 (1951-1975)*. Madrid: Alianza.
- MARÍAS, Julián (2000). *Ser español: ideas y creencias en el mundo hispánico*. Barcelona: Planeta.
- PITTARELLO, Elide (2005). Javier Marías habla de su padre. En MARÍAS, Javier (2005). *Entrevistas*. Barcelona: RqueR. Disponible en: <http://www.javiermarias.es/2005/12/javier-maras-habla-de-su-padre.html> [Última consulta: 12/12/2017].
- RALEY, Harold (1977). *La visión responsable: la filosofía de Julián Marías*. Madrid: Espasa Calpe.
- RALEY, Harold (1997). *Julián Marías: una filosofía desde dentro*. Madrid: Alianza.
- RICO, Maite (2017). Javier Marías: “El mundo es hoy mucho menos inteligente”. *El País Semanal*, actualizado 03/09/2017. Disponible en: [https://elpais.com/elpais/2017/09/03/eps/1504389934\\_150438.html](https://elpais.com/elpais/2017/09/03/eps/1504389934_150438.html) [Última consulta: 12/12/2017].
- SALSWACH, Harrys (2016). La experiencia de leer: *El siglo. ViceVersa Magazine*, actualizado 05/09/2016. Disponible en: <https://www.viceversa-mag.com/la-experiencia-leer-siglo/> [Última consulta: 12/12/2017].
- SOLER PLANAS, Juan (1973). *El pensamiento de Julián Marías*. Madrid: Revista de Occidente.
- VV.AA. (1984). *Homenaje a Julián Marías*. Madrid: Espasa-Calpe.